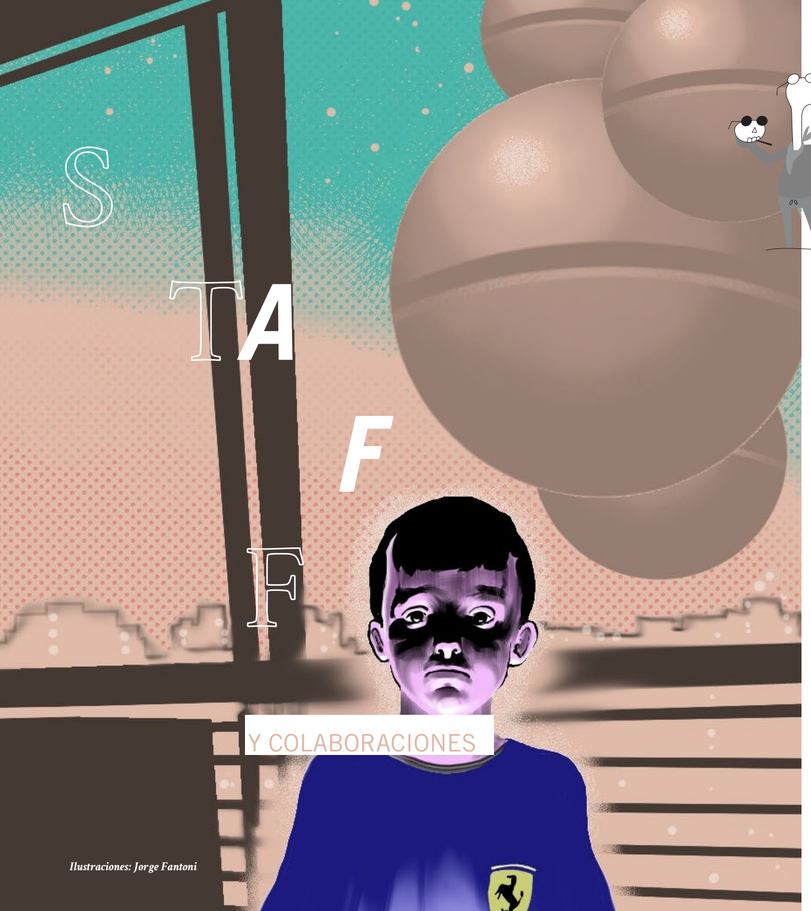
DIGAN SUS ELOGIOS

REVISTA CULTURAL Y CAPRICHOS

MAYO 2021

NÚMERO 6



Ilustraciones: Jorge Fantoni

DSE
Directora editorial y edición: ***Daniela Pasik***
Jefa de redacción: ***María Miranda***
Jefa de arte: ***Gladys Bialek***
Consejo editorial: ***Mariana Armelin***, ***Martín Gagliano***, ***María Miranda***, ***Flora Otaño Ezcurra***, ***Daniela Pasik*** y ***Darío Sosa***
Programación web: ***Sergio Sobke***
Logo y gráfica: ***Fidel Otaño Ezcurra***
Corrección: ***Pamela Altieri***
Comercial: ***digansuselogios.comercial@gmail.com***

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:
Redacción: ***Mariana Armelin***, ***Sonia Budassi***, ***Virginia Cosin***, ***Rodrigo Delgado***, ***Horacio Fiebelkorn***, ***Martín Gagliano***, ***Natalia Gelós***, ***E. Logian***, ***María Miranda***, ***Leo Oyola***, ***Nicolás Schuff***, ***Darío Sosa***, ***María Paz Tibiletti***, ***Mario Varela*** y ***Eugenia Zicavo***
Ilustraciones: ***Jorge Fantoni***
Fotografía: ***Vicky Cuomo***

AGRADECIMIENTOS:
Al verano de 2021, que nos permitió salir un poquito al mundo analógico, y a todas las personas que cuidan al resto en esta pandemia. A la gente que decidió tener una relación estable con **DSE** a través de un aporte mensual para ayudarnos a crecer. También a cada una/o de los que en un romance o cafecito hicieron y siguen haciendo donaciones a la gorra. A quienes se siguen sumando para recibir el newsletter. Al mini aluvión de nuevos followers en una, alguna o todas nuestras redes sociales (siempre somos @digansuselogios). A cada ser del bien que nos dejó elogios en la página.

www.digansuselogios.com

DIGAN SUS ELOGIOS
Directora Responsable: Daniela Pasik
Nº 5, mayo 2021
Bauness 1278, CABA
Registro DNDA en trámite

HABITAR LAS PESADILLAS

Te vas de acá, le grité a la figura alargada y sombría que me desafiaba en un sueño con potencial de pesadilla. Tanteé el reloj, eran las cuatro de la mañana. Todavía me quedaban horas para dormir, pero me pareció más seguro estar despierta. Es un mecanismo de defensa que desarrollé de chica: mantenerme en alerta, como un gato.

Las pesadillas en la adultez son más tenebrosas que en la infancia. O quizás hoy lo veo así porque a la distancia los recuerdos se apaciguan y puedo observar el pasado con nostalgia. Ahora, soñar cosas feas me resulta injusto, porque cuando me despierto la realidad no es menos tétrica.

La pesadilla potencial de recién me incomodó. No había un monstruo persiguiéndome para matarme ni me caía hacia una inmensidad sin fin. Sentí miedo, me despertó el miedo. Culpo al departamento. Tengo la sospecha de que está embrujado. No solo mi casa, sino todo el edificio. Queda a una cuadra del cementerio. Además, desde que me mudé pierdo misteriosamente diversos objetos todo el tiempo. Al principio eran solo chucherías, pero ayer desapareció un cuadro. Lo había colgado en una pared de mi cuarto y ya no está.

A la mañana estaba ahí. En un momento de la tarde dejó de estar. Revisé cada centímetro de mi departamento estrecho. Busqué por todo el cuarto, incluso me fijé en el placard, moví el sillón del living, y revisé hasta detrás de la heladera ¿Para qué querría un espíritu mi cuadro? El instinto me decía que saliera corriendo, pero no me puedo mudar. Pensé que, si mi casa estaba embrujada, al menos podía conseguir una especie de tregua. Decidí armar una estrategia. Un plan.

Empecé por lo tradicional. Prendí sahumerios y cuanto yuyo tenía a mano. Después puse un mantra, no entendí lo que decía, pero la descripción de YouTube afirmaba que era para “limpiar las malas energías y abrir caminos”. Los veinte metros cuadrados de mi departamento se llenaron de humo y ritmos, parecía una santería de Once. Pero el cuadro no apareció.

Fui un poco más a fondo y le pedí consejos a mis amigas más místicas. Hubo consenso en que el vinagre limpia energías. Mi casa pasó a ser una ensalada. También tiré sal gruesa, encendí velas y le hablé a quien estuviera presente para suplicarle que se fuera. Ahí me di cuenta de que se me había agotado todo rastro de racionalidad.

Mi casa se convirtió en una trampa. No sabía cómo reaccionar. Justo escribió un chico con el que me veo cada tanto para hacer algo. Propuso venir a tomar un vino. Acepté con más entusiasmo del habitual. Si había alguien más, el departamento iba a ser menos aterrador. Tal vez pudiera poner distancia del cuadro, apaciguar el recuerdo y hasta recuperar cierta racionalidad.

Le pedí que llegara tipo diez de la noche, y que comprara el vino. Eso me daba un par de horas en las que podía acomodar el desorden habitual, más el desmadre de velas consumidas, colillas de sahumerios y rastros de sal, incluso ventilar el olor a vinagre. Estaba en eso cuando noté que mi gato no dejaba de mirar fijamente ciertos puntos de la casa. Se me anudó el estómago.

No llegué a ponerme a llorar porque sonó el timbre. El vino se acabó rápido y yo también. El chico se fue temprano y no logré exorcizar nada. Ahora, en alerta, entro a **DIGAN SUS ELOGIOS** para dejar todo terror atrás y sumergirme en los textos que arman esta quinta entrega. Viene con un mix inquietante, pero que también me calma. En **Literatura** hay un poema trágico y bestial de **Virginia Cosin** y un relato de **Rodrigo Delgado**, autor que presentamos con una historia existencial de desencuentros. **Leo Oyola**, **Eugenia Zicavo**, **Horacio Fiebelkorn**, **Sonia Budassi**, **Mario Varela** y **Nicolás Schuff** comparten textos sobre la música de sus momentos de escritura en un **Capricho** DJ. Hay dos **reseñas** de importación: ***Tundra***, de la británica **Abi Andrews**, en la que **María Paz Tibiletti** piensa esta novela que transita lo ambiental y el género, y ***Panza de burro***, de la española **Andrea Abreu**, donde **Mariana Armelin** analiza esta historia de infancias en riesgo. Cerramos con una **entrevista** a **Pablo La Padula**, biólogo y artista visual que cruza el pensamiento científico con el plástico, que hizo **Natalia Gelós**. Todo ilustrado con crudeza por el alucinado(ante) **Jorge Fantoni**.

Ya despunta la luz del día y puedo levantarme. Decido limpiar otra vez, ahora en profundidad. Agarro escoba, trapeador, secador, balde y arranco. Barro con fuerza, corro la mesa, las sillas. A medida que avanzo se agiganta la bola de mugre. Encuentro corchos, juguetes felinos, llaves extraviadas, una foto y varias de mis hebillas desaparecidas en un espacio debajo del somier. Claramente, el gato escondía cosas. Las chucherías. Muevo la cama con enojo y, cuando meto la escoba debajo, siento que el cepillo choca contra algo. La corro del todo y ahí está el bendito cuadro.

Un pequeño grito ahogado sale de mi boca. Me río y también me angustio. Voy a colgar el cuadro y esta noche, a la hora de dormir, no voy a estar en alerta, pero igual seguro quedará prendida la luz del velador.

MARÍA MIRANDA
JEFA DE REDACCIÓN

FEDRO, UN POEMA DE VIRGINIA COSIN

Lo virtual es igual de real que lo analógico. La tecnología atraviesa los idilios del siglo XXI y el amor puede ser tan dramático como en el XIX. O más. Un texto hasta ahora inédito, que además de ser poesía y narrativa es una reflexión sobre las relaciones modificadas por la escritura, eso que queda grabado y duele, a veces con mayor intensidad que un recuerdo sin registro gráfico.

ILUSTRACIÓN: JORGE FANTONI

Te adivino, desconocido
como una gitana
que lee las líneas de una mano
o como un viejo rey loco
al que sus hijas traicionan
y tantea, ciego, el viento
buscando una salida en medio de la tormenta

Nuestras conversaciones están registradas
como una marca
en la pantalla de cristal
son mucho más que cosas dichas
puedo encender el teléfono e ir para atrás
deslizarme con el dedo
hasta el día en que escribiste
te amo

Y yo: ya sé que es una broma
y vos: pienso en vos con amor

Volver a leer una conversación
que quedó fija
como un pájaro
o un tigre embalsamado
en la geografía distante del chat
es mucho peor
que recordar

Sócrates le propone a Fedro
que piense
acerca de la conveniencia
o la inconveniencia
que puede haber en lo escrito
y le cuenta la historia de Teut

El Dios
que inventa el álgebra
el ajedrez
el juego de dados
y, en fin, la escritura

Vos no encontraste la manera de cultivar la memoria
-le dice el Rey a Teut-
si no de despertar reminiscencias

Yo
que fui la reina del llanto
ahora no puedo llorar más
terminar con esto
dinamitar todo
que se acabe.

En el intento
podría perder un brazo
o una pierna

Si lo perdiera todo
sería posible
continuar esta conversación sin cuerpo

La noche que volvió
no esperaba que llamara
pero llamó y dijo:
paso a darte un beso
ya habíamos escrito
y hablado
en ese idioma cifrado
de los mensajes
de texto
y fotografías tomadas con la cámara
del celular
y de tiempo de espera
entre una misiva y otra

Como en el siglo XVIII
como en Las relaciones peligrosas
de Laclos
igual de peligrosas
pero con whatsapp
en lugar de sobres lacrados

Durante esos días del verano
que pasamos
en ciudades distintas
las palabras estaban a salvo
del cuerpo
y de los gestos

había que ponerles una cara
y no supimos
cómo

Decir que en la puerta de mi casa
“me tomó entre sus brazos”
sonaría como algo anacrónico
cursi, pasado de moda
pero eso es lo que hizo:
me tomó entre sus brazos
y se dedicó a besarme
como alguien cuya única
y verdadera vocación fuera
la de besar y abrazar

Hubiera podido quedarme
pegada a ese cuerpo
hasta que se hiciera de día

Cuando la corriente está fluyendo se produce
un campo magnético
pero cuando deja de fluir
desaparece el campo

Otro día escribió: vos y yo vamos a estar juntos
pero la corriente dejó de fluir
solo queda la reminiscencia
y cuando yo dije
un tiempo después
veamos juntos esa película
él respondió: calmate.

No me puedo calmar
una palabra escrita es una huella
y una huella es la presencia de algo que se
ausenta

Cuando era chica esperaba a mi padre
sentada en la mesa de la cocina
durante horas
hasta que el teléfono sonaba y decía que no iba a
poder venir
o tal vez
no llamaba

No me puedo calmar.
Estas conversaciones que mantenemos
ahora
con teléfonos y pantallas táctiles

¿Son menos reales o más reales
que la noche en que comimos
un pescado cerca del río
en un restaurante de manteles blancos
y leímos esa escena
vos los parlamentos de Hamlet
yo los de Ofelia
y todo nos hacía gracia
y las bromas y el vino y Shakespeare
nos electrificaban
y yo me inclinaba un poco sobre el mantel
y vos otro poco en dirección a mí
y nos besábamos?

Es real solo lo que está registrado en mi memoria
un recuerdo del que ya no tengo ninguna prueba

El viento que casi nos vuela
el frío en pleno verano
la luna gigante
como un tatuaje redondo y amarillo
en medio de la negrura
la orilla del río
a donde me llevaste solo para besarme
como si fuéramos dos amantes
en una escenografía
borrascosa

Como las cumbres de Emily
como los gritos desaforados de mi padre
cuando se ponía iracundo

Es una interpretación fácil
ya lo sé
mi padre
los hombres
esperar a mi padre
esperar a un hombre

Es que
¿dónde buscar la razón de lo que se anuda
y se desanuda
si no es en los restos perdidos
de la infancia?

BIBLIOTECAS Y AURICULARES: ¿QUÉ ESCUCHAN QUIENES ESCRIBEN?

Si esto fuera una encuesta en una red social se podría plantear "¿silencio o música para leer?". Y el resultado sería empate. Pero es una revista literaria, y un antojo narrativo, así que lo que salió son geniales mini ensayos con anécdotas y confesiones de seis geniales escritores y escritoras que en conjunto arman la mejor playlist textual, playlist textual.

POR: E. LOGIAN

Hay música en la literatura. Ritmos. Hiatos. Oh, la poesía. Pero también bandas y canciones están inmersas en las tramas de cuentos y novelas. Como Los Ramones en *Cementerio de animales*, de Stephen King. O casi toda la obra de Bret Easton Ellis y mucha de Hanif Kureishi. Perdón, para no irme por las ramas hasta terminar perdido en un bosque inmenso, elegí tres ejemplos que me hacen canturrear. Para algo esto es mi capricho, ¿no?

Entonces, leer y escuchar música, ¿es posible? He ahí el dilema. Se discute mucho sobre la compatibilidad de ambas tareas. Ser o no ser. Oh. Para despejar dudas busqué a seis seres del mundo de las letras que la mueven a puro ritmo de ideas y tipi tapa. **Leo Oyola**, autorazo y DJ, hace un triple match de música, literatura y cine. **Eugenia Zicavo**, periodista cultural y bibliómana, argumenta sin fisuras por qué leer es una actividad silenciosa. Igual que el poeta **Horacio Fiebelkorn**, que de todos modos arma un seleccionado de temas instrumentales para libros que le suenan bien. **Sonia Budassi**, escritora, docente y glamorosa erudita combina clásicos rusos con ritmos ítalo-pop. Al documentalista, escritor y editor **Mario Varela** le llegó un ritmo desde una cabaña de su pasado de refugiero en Bariloche. Y **Nicolás Schuff**, que escribe para infancias, cruza bares, héroes griegos y tangos.

Acá está, este es, mi quinto capricho de una serie. Vengo como un trovador, a traer estos textos que me contaron y cantaron.

SOSTIENE EL TIGRE HARAPIENTO, POR LEO OYOLA

En agosto de 1996 conocí a Antonio Tabucchi. Fue por el título de aquel primer libro y por la tapa con esa enigmática mujer y su elegante sombrero. Tuve ese ejemplar en las manos. Hojeé los nombres de aquellos relatos (*Sueño de François Villon, poeta y malhechor*, *Sueño del doctor Sigmund Freud, intérprete de los sueños ajenos*… y así). Tenía que ser mío. Lo compré haciendo tiempo para entrar a ver en el Metro 3 la primera *Misión imposible*. Al final, antes de que al Ethan Hunt de Tom Cruise le encomendaran una nueva aventura, se escucha *Sueños*, de Cranberries. Ya estaba sonriendo con la película de De Palma. Sonreía aún más pensando que en el tren iba a arrancar *Sueños de sueños*, de Tabucchi. Años más tarde, también en la oscuridad de una sala cinematográfica viendo *Magnolia*, conocí al Donnie Smith de William H. Macy, que anhela enderezarse los dientes y encontrar un hombre para darle todo el amor que tiene dentro suyo. Pero el amor no alcanza para pagar la ortodoncia. Y por eso sale a robar sin saber hacerlo. En el estéreo de su auto suena otro tema también llamado *Sueños*, que es de Gabrielle. ¿Tabucchi habrá visto *Magnolia*? Creo que sí. Sueño que escribió sobre este personaje. Y que lo agregó en una nueva edición de su libro: *Sueño de Donnie Smith, otrora niño prodigio aún herido de dudas de amor*.

BAJEN EL VOLUMEN, POR EUGENIA ZICAVO

Para mí, los libros no suenan. Ni siquiera los que están explícitamente escritos para sonar fuerte, como *Alta fidelidad* o *Just kids*. No digo que no piense en el rock indie de los 90 leyendo a Nick Hornby o en la movida del Chelsea Hotel al leer las memorias de Patti Smith. Solo que, cuando aparecen en el texto, las canciones que conozco se quedan mudas.

Se dice que la literatura tiene ritmo, tono, cadencia: todas palabras robadas al sentido del oído. Sin embargo, leer es una actividad silenciosa y aunque una lectura "resuene" o "haga eco", no deja de ser una especie de ruido sordo. Es de las cosas que más disfruto: esa amalgama extraña entre las palabras ajenas y mi voz interior, imposible de trasladar, ni siquiera leyendo en voz alta.

En mi caso los libros solo se vuelven música cuando son adaptados al cine. Entonces sí, en las corridas de *Trainspotting* estalla *Lust for life* de Iggy Pop, más allá del tempo de la novela de Welsh. Ejemplos hay a montones, desde la novena sinfonía de Beethoven en *La naranja mecánica* hasta las melodías de Nino Rota en *El Padrino*, pero no había acordes en mi cabeza cuando leí a Burgess o a Puzo.

Quizás todo tenga que ver con que no soy melómana y que, siendo una ávida lectora, mi formación musical es pobre. En una lista de temas, soy capaz de poner en pie de igualdad (por lo que me generan, que suele ser alegría y ganas de bailar) *Vamos a amanecer*, de Los Nota Lokos y *Here comes the sun*, de los Beatles. No soy confiable. Por eso, cuando leo, lo hago en silencio. De chica solía ir a los boliches con un libro escondido en la cartera, pero esa es otra historia.

JUEGA CALLADO, POR HORACIO FIEBELKORN

Mis libros favoritos se fueron sucediendo con el paso de los años. El galardón fue, a principios de los 80, para *Rayuela* o *Adán Buenosayres*. Pero casi enseguida llegó Roberto Arlt, con *El juguete rabioso*. O Apollinaire, con los poemas de *Alcoholes*: me terminaron de abrir la puerta de la poesía, que ya venía orejeando una previa a cargo de algunas bandas de fines de los 60 como Almendra y Manal.

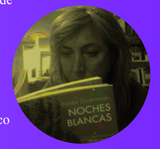
Pero por ese estímulo común entre música y letra es que me resulta cada vez más difícil la conexión entre una canción y mi eventual libro favorito. Suelo leer en silencio, y lo mismo necesito para escribir. Cuando leo, solo acepto la música del idioma y no otra cosa. Y cuando escribo, necesito que no me hablen ni me canten. A lo sumo, música instrumental: nada de voces ni palabras. En ese momento soy yo quien pone el idioma.

Pensaría, sin embargo, en algún disco de Brian Eno para *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino. Algo de Bill Frisell para *Ley de juego*, de Miguel Briante, y Piazzolla para *Sin creer en nada*, de Elvio Gandolfo, y *Regreso a la patria*, de Juana Bignozzi.
Pero nada de canciones.

DESDE RUSIA (HASTA ITALIA) CON AMOR, POR SONIA BUDASSI

Hay determinada música que pareciera ser archienemiga de la lectura o la escritura. Un poco lo obvio: aquella que disputa sentido por sus letras o su estridencia. Digamos entonces que reguetón, cumbia, trap, también la canción "de autor", esa que Spotify mete como "indie" —en especial, en español—, son géneros solo aptos para un recreo.

Si además de hacer "hay que parecer", como decía mi padre ("no solo hay que ser honesto, hay que parecerlo"), paso el dato para meterse en personaje, pero en soledad (mostrarlo sería un modo muy actual de patetismo, la famosa figura de autora y autor): hay una lista para hacerse la escritora, como las de "Motivación para entrenar", pero para el archivo de word: "The Writer´s Playlist", maravilla solo comparable a la "Rocky Balboa Motivation".



Ahora, si vamos a pensar intensidades de lectura —oh, alabados sean Iván Turgueniev, Fiodor Dostoievsky, Tolstoi, Anna Ajmátova e incluso Svetlana Alexiévich— lo que sí combina es la literatura rusa con la música italiana, de la lírica al pop. Casi como redundancia hiperbólica: la vida al filo de la vorágine mortal de la emoción bajo un prisma estético tan bello como dramático.

Suelo escuchar pop italiano, Tiziano Ferro o Nek; grandes artistas. Una vez posteé la canción *Stop! Dimentica* (tiene su versión en español, aunque prefiero la tana: *Stop! Olvídate*), y un contacto de Instagram me dijo que ese tema le parecía hecho a partir de la lectura de *La invención de Morel*, de Bioy Casares. Meses o años más tarde recibí un comentario similar. Pensé que era de otra persona, pero no lo sé, incluso me fijé en Google si había alguna referencia concreta, conocida, remanida, al respecto. No encontré nada. Vuelvo a escucharla y sí, cierra perfecto. Una novela vuelta pequeña canción en otro continente.

¿Cómo no caer en la magia pretenciosa de la duplicación, en la consonancia posible de los dobles no complementarios, sino iguales, y en la posibilidad de los escenarios expandidos en términos literarios, terrenales, imaginarios, musicales? Qué ganas de explorar esas otras dimensiones, y de armar una playlist especial, cósmica o insular, acorde.

AQUELLOS AÑOS FELICES, POR MARIO VARELA

Uno de mis libros favoritos (tengo varios por épocas) es *Las sirenas de Titán*, de Kurt Vonnegut. Si lo tengo que asociar con una música es también asociarlo con un tiempo. Un otoño lluvioso en la cabaña, con mi esposo y dos niños. Escuchábamos *The Cello Suites: Inspired By Bach*, de Yo-Yo Ma. Un disco de derrotas y renacimientos, como en el libro y el momento.

VOLVER, POR NICOLÁS SCHUFF

No escucho música mientras leo ni leo mientras escucho música, a menos que las circunstancias me lo impongan, que es lo que me ocurría hace muchos años en un bar de Balvanera al que solía ir por las mañanas. Me gusta leer y escribir en bares, me viene bien esa especie de atención flotante entre el adentro y el afuera que propician. El bar en cuestión era tranquilo, luminoso, no muy limpio ni muy caro. La radio estaba siempre encendida, y siempre sintonizada en la misma frecuencia: una que solo transmitía tangos. Sonaba Gardel sobre todo, pero también Julio Sosa, Roberto Goyeneche, Edmundo Rivero, Floreal Ruiz y muchos tangos y milongas instrumentales. Por esa época yo estaba preparando una versión de *La Ilíada* y *La Odisea* para una colección infantil, y a esa tarea me abocaba cada día en una mesa de aquel bar donde las peripecias de Aquiles, Ulises y el resto de aquellos bravos muchachos quedaron asociadas para siempre en mi memoria al sonido del fuelle y a la voz entrañable del zorzal criollo, mi preferida. ¿O era Ulises, volviendo a Ítaca después de diez años, el que cantaba "Yo adivino el parpadeo / de las luces que a los lejos / van marcando mi retorno"?

Muchas gracias a Leo Oyola, Eugenia Zicavo, Horacio Fiebelkorn, Sonia Budassi, Mario Varela y Nicolás Schuff por ser DJ de este capricho.

Y un chin chin a Martín Gagliano, Dario Sosa y Mariana Armelin por la gran producción.

TUNDRA, DE ABI ANDREWS: EL SENTIDO DE LO SALVAJE

Enclavada en una gran anécdota mientras teje un subtexto que la desborda, esta novela debut, sensación de editoriales independientes alrededor del mundo, cuenta la historia de una chica que viaja desde un pequeño pueblo inglés hasta Alaska. Una versión ecofeminista y millennial de Thoreau, Jack London y otros tantos aventureros de montaña con historias narradas y protagonizadas por varones.

POR: MARÍA PAZ TIBILETTI

Ilustración: Jorge Fantoni. Foto: Vicky Cuomo

¿Cuándo comienza un viaje?, ¿por qué y para qué viajar? En *Tundra* (Chai Editora, 2020), la primera novela de la británica Abi Andrews, el viaje es una búsqueda de lo salvaje. La escritora, nacida en 1991, comenzó esta novela cuando hacía un curso de escritura creativa en la Universidad de Goldsmiths, en Londres, y hoy vive en una zona rural de Australia, donde trabaja en un grupo de rescate de animales y se prepara para publicar su segundo libro. Aunque las similitudes entre su debut literario y su propia vida invitan a pensar que se trata de una autobiografía, la autora se ha ocupado de aclarar una y otra vez que Erin Miller —la protagonista— es un personaje de ficción.

Tundra es una novela profundamente política y actual: combina la lucha feminista y la ambiental sin convertirse en ningún momento en un panfleto. Ese es quizás el gran logro de Andrews. En esta historia, lo político no aparece como un discurso asambleario ni en consignas repetidas, sino que es el motor que moviliza la trama.

Fascinada por las historias de los aventureros de montaña como Henry David Thoreau y Christopher McCandless —famoso por la película *Into the wild* (2007), dirigida por Sean Penn y basada en el libro *Hacia rutas salvajes* (1995), de Jon Krakauer, en los que se relata su historia—, Erin, la narradora, se pregunta qué pasaría si la protagonista de esas historias fuera una chica en vez de un varón. Entonces, decide viajar a Alaska. "Es como si hubiera algo importante que aprender en la naturaleza que solo es accesible a los hombres", dice y resuelve salir a buscar ese *algo* por su cuenta.

La joven de 19 años se propone recorrer el Mar del Norte en un barco pesquero. Hace dedo en las rutas desiertas de Islandia, Groenlandia y Canadá hasta a la tundra ártica, convencida de que para merecer acceder a un destino realmente lejano hay que experimentar también la hazaña de llegar, como quien hace un peregrinaje religioso. "Viajaré por mar y tierra; será una odisea épica, solo que conmigo, una chica, en una búsqueda femenina de autenticidad", declara.

A través de diversos registros, que van de la crónica al manifiesto político, pasando por el guion cinematográfico y las ilustraciones, Erin narra la travesía desde su pequeño pueblo inglés natal hasta Alaska. A lo largo de ese viaje, reflexiona sobre diversos temas como el feminismo, la soledad, la ciudad occidental, el cambio climático y la tecnología, y construye su propia versión ecofeminista (y millennial) de *La llamada de lo salvaje* (*The call of the wild*), la novela de 1903 del escritor estadounidense Jack London en la que un perro doméstico recupera sus instintos cuando es enviado a Alaska.

"Lo salvaje en las mujeres no significa autonomía y libertad; su lado salvaje es, en cambio, una fiebre irracional. Al mismo tiempo, en términos de supervivencia, somos el sexo débil y no podemos prosperar individualmente fuera de la esfera social o sin la protección de un hombre viril. Las mujeres somos excluidas de la naturaleza, pero también de la civilización, desterradas", reflexiona. Andrews invita a pensar cuál es, entonces, el lugar de las mujeres en un mundo construido por y para los hombres, y por qué el hombre en la naturaleza es visto como fuerte —incluso, como un héroe—, mientras que la mujer en la naturaleza es vista como en peligro o con un rasgo de locura. La autora —a través de las reflexiones y la experiencia de Erin— traza un paralelismo entre el modo de dominación del hombre sobre la mujer y la dominación del hombre sobre la naturaleza.

¿Por qué viajar sola?, ¿por qué una mujer decide exponerse al peligro de lo salvaje?, ¿qué hace una mujer sola en la naturaleza? Las preguntas se repiten a lo largo de las casi 400 páginas de la novela en las que la protagonista se enfrenta a distintas batallas —con mayor o menor éxito— con el entorno, consigo misma y con los mandatos sociales que dictan cómo ser mujer. "¿Por qué estoy aquí y qué estoy buscando? Busco algo que para mí está perdido y oculto, pero todavía no sé bien qué es. Cuando lo encuentre, sé que estará roto y tendré que repararlo, pero tampoco sé cómo hacer eso", le escribe la Erin viajera a la Erin de 16 años en una carta a sí misma que revela el motivo final de su viaje, y se responde: "saber que soy fuerte". Lo que busca la joven, como tantas otras, es probarse a ella misma (a sus padres y a la sociedad) que, si quisiera, podría ser una mujer de las montañas.

La escritora Virginia Higa hizo la traducción al español de esta novela publicada originalmente en 2018 por Serpent's Tail (Londres, Inglaterra) como *The word for women is wilderness* ("La palabra para mujer es desierto") y eligió como título Tundra, que es el destino al que busca llegar, y vencer, la protagonista. Desde que salió la novedad debut de Abi Andrews, se publicó en alemán, francés y ahora en castellano, siempre por distintas editoriales independientes. A la Argentina llega a las librerías gracias a Chai Editora, una pequeña editorial de San Javier, Córdoba, que se dedica al descubrimiento y a la traducción de narrativa contemporánea de todo el mundo.

Tundra es una novela iniciática, un viaje hacia lo salvaje y el autodescubrimiento, pero también es de iniciación política desde el rincón más frío del mundo hasta el calor del feminismo. Con una mirada crítica del capitalismo, de la voracidad del hombre sobre la naturaleza y de lo que llama una "civilización cercenada", la narradora recoge muchos de los debates actuales sobre ambiente y (mal)desarrollo para proponer una forma de vida que no esté basada en la violencia.

No se nace mujer, se llega a serlo. Erin lo sabe. Su viaje hacia lo salvaje es el viaje de una mujer hacia la adultez en el siglo XXI, con los interrogantes y temores que cualquier persona puede tener creciendo en un mundo que pareciera ser cada vez más incierto y hostil. No hace falta navegar en un barco pesquero ni enfrentarse a la más absoluta soledad para hacerse estos cuestionamientos. Y es desde ese lugar que la autora, con inteligencia y humor, logra la empatía y complicidad de quien lee.

Tundra (Chai Editora, 2020), de Abi Andrews. Traducción: Virginia Higa.
Título original: The word for woman is wilderness.
Se consigue solo en formato físico.

UN CAPÍTULO MÁS, UN RELATO DE RODRIGO DELGADO

Una esquirla del pasado que estalla en el presente. Desde la pubertad y el descubrimiento del amor o del mundo hasta la realidad adulta un poco hilvanada que necesita desacomodarse. Un encuentro fortuito que llega justo para presentar a un autor de mirada inteligente y pluma bestial.

ILUSTRACIONES: JORGE FANTONI

Esta tarde vi a la Guti en el Disco. Yo estaba haciendo la cola para pagar las cosas necesarias para un fin de semana largo en la playa. Ella atendía la caja tres, la reconocí desde la fila. Hace quince años me enamoré de ella. Fue la primera persona de la que me enamoré. Teníamos trece años.

La Guti trabajaba en el local de fichines al que íbamos con los pibes. Empezamos a hablar porque me silbó un fiu fiu mientras yo estaba en el juego de baile. Se peinaba el pelo lacio y castaño con raya al medio. Y tenía los ojos celestes, delineados apenas para enmarcar una mirada sabia. Después del chiflido le fui a hablar. Ella se rio entre dientes y me dijo que no colguemos tanto porque la iban a cagar a pedos. Al día siguiente se me acercó mientras jugaba al Wonder Boy. Vi su remera roja con el logo de Centerplay de refilón mientras le tiraba martillos a unas tortugas. “Voy a comprar una gaseosa a la vuelta, ¿venís?”.

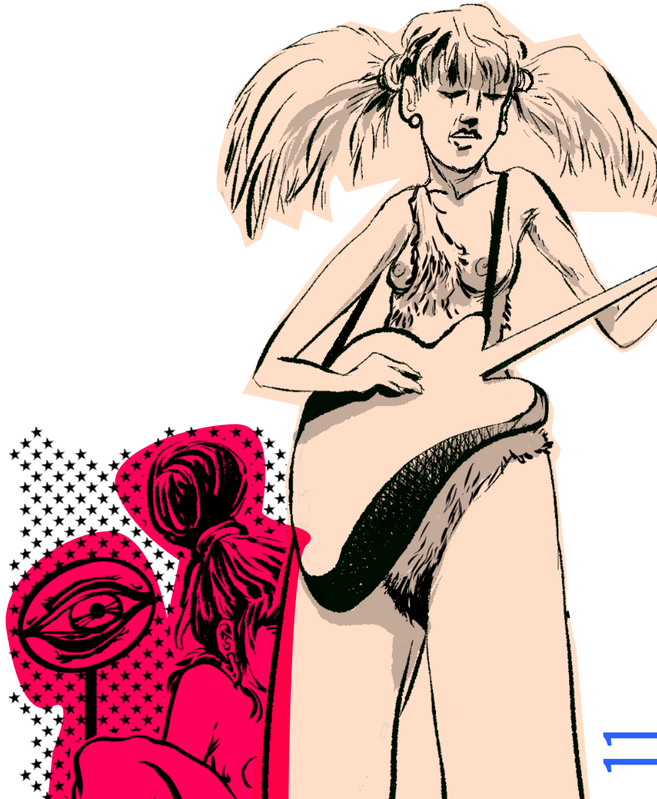
Salimos a la calle, fuimos hasta la esquina y doblamos para la playa. Le pregunté qué kiosco había para ese lado. No importa, dijo, y a mitad de cuadra frenó en seco y me miró. Inclinó apenas la cabeza para abajo, levantó los ojos, un movimiento casi imperceptible de la boca hacia un costado. Nos dimos un beso, me enterró la mano en la nuca y tironeó mi pelo con fuerza. Sentí un hormigueo en la cabeza, en el cuello, en la columna vertebral.

Después sacó una bolsita de nylon con unos caramelos masticables y me convidó. Comió dos y se prendió un cigarrillo. Nos quedamos sentados en una medianera bajita a media cuadra de las luces y de la gente que pasaba por la peatonal. Me volvió a mirar, estaba con las piernas cruzadas y tenía el cigarrillo entre los dedos. Nos empezamos a reír y me agarró la cara, nos dimos otro beso.

Ese enero fue más o menos así. Hacíamos salidas furtivas de los fichines y aprovechábamos para caminar un poco de la mano o darnos besos. A veces, nos encontrábamos antes de que ella entrara al local y encarábamos la plaza del castillo de madera y los ombúes. Franeleábamos contra algún árbol o nos sentábamos en las hamacas. Hablábamos de muchas cosas. Me dijo que quería ser policía. Yo le conté que me gustaría trabajar en una radio. Ninguno de los dos cumplió sus aspiraciones adolescentes, se ve.

Cuando ese enero, casi a fin de mes, me dijo que al día siguiente se volvía con su mamá para su pueblo, sentí como si alguien me clavara un dedo fuerte en el corazón. Esa noche hubo tormenta, los fichines estaban casi vacíos y el dueño cerró más temprano. Así que caminamos bajo la lluvia un par de horas. Nos dimos besos de despedida empapados, en una calle inundada y casi a oscuras. Hermoso y devastador.

Estuve derrotado una semana hasta que un día a la hora de la siesta sonó el portero. Era la Guti. Había vuelto solo por ese día. Bajé corriendo, la abracé y nos comimos la boca con desesperación. Salimos a caminar y le planteé algo que me parecía inevitable y que esta vez no podía dejar pasar: ¿qué íbamos a hacer durante el año? Yo vivía en la ciudad, como a cinco horas



en auto de su pueblo. No tenía dudas: la única manera de vernos era coincidir de nuevo en la costa. ¿Si volvía en Semana Santa, ella podría venir a la vez? ¿Y en vacaciones de invierno? Ella dijo que bueno, que íbamos a ir hablando, que ya me había dado su MSN.

Esa tarde, mientras caía el sol, nos dijimos chau y me quedé viendo cómo se alejaba por una de las calles que llegan hasta la playa. Se iba entre los árboles y los dúplex, entre la gente que volvía a su casa con las reposeras y las sombrillas. Le miré las piernas, el pelo lacio, el culo. De pronto, se dio vuelta y me descubrió ahí, quieto. Se mordió la boca, se rio y me tiró un beso.

Apenas volví a mi casa la agregué al Messenger. Pasaron semanas hasta que después del plin en los parlantes apareció en el rincón del monitor la ventanita que decía que vane2_laguti@hotmail.com se había conectado. "Hola Guti!!", puse con mi letra Verdana azul. "Hola!!!", respondió con una fuente parecida a la Arial, en cursiva. Yo quería saber si ya tenía planes para Semana Santa, si iba a ir a la playa o qué. Ella decía que no tenía ni idea. Pasó Semana Santa y no nos vimos. Pasaron las vacaciones de invierno y no nos vimos. Llegó el verano siguiente y sí nos vimos.

En solo doce meses la Guti había cumplido varios años. Tenía la mirada felina. El pelo más oscuro. La cara sobrecargada de maquillaje. Yo me sentía muy igual al verano anterior. Ella cubría francos en un local de ropa. Yo iba siempre para ver si estaba, pero nunca sabía bien qué días le tocaba o no trabajar. Y, los días que estaba libre, por ahí nos cruzábamos, pero caminábamos juntos un rato y nada más. Me costó y me dolió entender que ese verano no quería darme mucha pelota y, cuando esa vez volví a la ciudad, pensé que no nos íbamos a ver más.

Tenía razón: ya no volví a verla en la playa los siguientes veranos. Y no me escribió más. Sin embargo, un día, cuando teníamos diecisiete años, me chateó para contarme que estaba viviendo por un tiempo en lo de una tía, a cuatro estaciones de tren. Arreglamos y una noche vino para salir con mi grupo de amigos. Yo sentía un poco de vergüenza porque me acordaba de cómo había sido el último verano que nos vimos. Pero no importó mucho. Había vuelto a ser un poco la Guti de cuando la conocí. Nos sonreímos apenas nos vimos, los dos teníamos puesta una campera de cuero. "Te queda linda la barba, eh", me dijo ella. Esa noche escabiamos cualquier cosa, bailamos, transamos y fuimos a mi casa. Hablamos de muchas cosas. Yo le conté que pensaba arrancar el CBC de Comunicación. Ella dijo que iba a ver si pegaba algún laburo cerca o si se anotaba para el ingreso a la Policía, no lo tenía tan claro. No cogimos, terminamos medio durmiendo un rato y después la acompañé a tomarse el tren. Quedamos en charlar y ver si hacíamos algo. No nos volvimos a ver.

Y ahí estaba, diez años después, la Guti. Pasaba los productos por el scanner revoleándolos y masticaba chicle con una cara de orto bestial. Siempre había tenido algo como desafiante, una especie de hartazgo constante y porque sí. Eso la hacía atractiva a los trece, a los diecisiete o a los casi treinta, aunque tuviera puesta una camisa blanca con el logo del supermercado y una gorra roja. "¿Guti?", pregunté mientras sacaba mi compra del chango y la apoyaba en la caja. "Sí, boludo, ¿qué te haces el que te cuesta reconocerme?". Calculamos hacía cuánto no nos veíamos y hablamos de lo cambiada que estaba la costa hasta que terminó de pasar las cosas. Le pagué, guardamos todo y dijo "Cami, cierro un toque la caja, ya vuelvo".

Una vez afuera, me preguntó qué onda, qué hacía comprando leche Nutrilon. Le conté que estaba en la costa por el fin de semana largo con Abril, mi mujer, que estábamos juntos hacía cinco años, y que teníamos una nena de uno, Gretchen. Me puse colorado antes de decir el nombre y la Guti se cagó de risa. "¿Gretchen? Ustedes los porteños se sarpan. Y vos padre, dejame de joder". Me contó que después de vivir en lo de su tía se había dado cuenta de que prefería algo más tranqui, así que volvió a su pueblo. Estuvo casada dos años, dijo, pero se separó y prefirió instalarse en la playa para no cruzarse con el ex. Nos pasamos los celulares y me fui.

En casa preferí no contarle nada a Abril, si había sido nada, una boludez. Para la noche preparé un salteado símil chino de vegetales y carré de cerdo. Abril bañó a la nena, le dio de comer y consiguió que se quedara dormida. Por primera vez en mucho tiempo íbamos a poder estar solos. Cenamos con una botella de vino, sacamos las reposeras al balcón y nos tomamos la mitad de otra con el viento en la cara y vista al mar. Ella empezó a pestañear dejando los párpados cerrados cada vez más tiempo y, al rato, dejó caer la cabeza para atrás y se durmió.

Yo me serví otro vaso y me quedé un rato ahí. Estaba todo bien, me podría haber ido a dormir y hubiera sido una buena decisión, pero no tenía ganas de que la noche termine. Le sacudí apenas el hombro a Abril, le pregunté si no prefería acostarse, o que bajáramos juntos un rato a la playa. "¿Y Gretchen?", preguntó, y le dije que tenía razón. La acompañé a la cama y bajé una colcha del placar, estaba fresco. "En una de esas yo bajo un rato", le dije, y me respondió "sí, bueno". Me puse un buzo para sentarme un rato en la entrada de la playa o caminar hasta la orilla del mar. También quería mandarle alguna boludez a la Guti, "qué loco cruzarnos".

Agarré el teléfono, salí al palier y, en el ascensor, vi un mensaje que decía "che, aparato, si no te vas a poner en gil nos podemos ver hoy a la noche y nos desquitamos de una vez. Si no, ni me respondas".

Todavía no respondí.

PANZA DE BURRO, DE ANDREA ABREU: CRECER SOLO CUESTA VIDA

Un debut volcánico. De una autora española, que además llega a la Argentina de la mano de Barrett, una editorial sevillana independiente que promete un catálogo interesante. Esta novela aparentemente sencilla en su trama, hermosa en su escritura, en realidad irrumpe como lava para abrir un mundo y un imaginario que necesitan mostrarse.

POR: MARIANA ARMELIN

Ilustración: Jorge Fantoni. Foto: Vicky Cuomo

¿Qué nena no se ha enamorado de su mejor amiga? Una amistad intensa como el amor, deslumbrarse, admirar casi al borde de la envidia a la compinche y querer ser iguales parece ser el ingrediente común en las relaciones iniciáticas sin importar nacionalidad ni clase social. “Yo no sabía la diferencia entre yo e Isora a veces pensaba que éramos la misma niña”, dice la narradora de *Panza de burro* (Editorial Barrett, 2021), la primera novela de la española Andrea Abreu.

La historia se trata del despertar sexual, el de amistad y el otro, pero también del salto de la niñez a la adolescencia. Todas esas anécdotas cargadas de esos subtextos, siempre atravesadas por el género y la pobreza, durante un verano que marca la vida de la protagonista cuando descubre que ser niña, huérfana y pobre es una conjunción que resulta fatal.

La novela, publicada en marzo en Buenos Aires, es el desembarco en la Argentina de la editorial sevillana y el debut, acá y allá, de la joven autora canaria. Lleva vendidas 20.000 copias en su país y se transformó en poco tiempo en un exitazo pandémico. Desde los encierros, lectoras y lectores de España encontraron una salida al mundo con esta historia repleta de escenas y personajes atrapantes, en la que la tensión crece junto a la insolencia y la desfachatez con la que Abreu amasa el lenguaje. Merece, además, una mención especial la imagen de la tapa, de Alessandra Sanguinetti, fotógrafa argentina que reside hace más de veinte años en San Francisco, Estados Unidos. Hipnótica y llamativa, es una obra en sí misma que, sin hacer referencia exacta a los personajes de esta novela, sugiere una relación —y un universo— intrigante que funciona a la perfección como trampolín para zambullirse en la lectura.

“Como un gato. Isora vomitaba como un gato. Jucujucujucu y el vómito se precipitaba dentro de la taza del váter para ser absorbido por la inmensidad del subsuelo de la isla”. Así, Abreu mete a quien lee desde el comienzo en la intimidad de estas amigas de once años que viven en un barrio no turístico, rural y trabajador, de una isla canaria que podría ser Tenerife en los 2000. Desde ahí en adelante, cuenta con crudeza, en voz de la narradora sin nombre, los conflictos que padecen las dos amigas, signadas por la carencia de afecto. Y esa primera persona es un acierto, que resulta crucial —lea quien lea— para ponerse casi realmente en la piel de esta nena que pronto dejará de serlo.

El caldo de cultivo de la historia de estas amigas es la ausencia de padres y madres que mimen, cuiden, contengan o tan solo guíen. Isora ya no los tiene, vive con la tía y la abuela, que atienden el almacén familiar y la monitorean desde ahí. Los de la narradora se ganan el pan todo el día en el sur, lejos: “mi padre trabajaba en la costrusión y mi madre limpiando hoteles”, cuenta, y por eso queda al cuidado de su abuela y un tío loco. Ambas están un poco desatendidas y a la deriva durante un verano en el que ninguna tiene posibilidad de vacacionar ni hay adultos que puedan llevarlas a la playa. Ellas, en cambio, soportan el clima, pesado, insostenible.

“Los días en los que el cielo estaba despejado se podía ver el vulcán. Muy pocas veces ocurría, pero todo el mundo sabía que detrás de las nubes vivía un gigante de 3718 metros que podía pegarnos fuego si quería”, dice la narradora. Y si bien esta amenaza latente les sirve a las amigas como excusa para masturbarse lo más posible ante la eventual muerte, también sobrevuela la idea de los otros peligros que acechan, como la bulimia de Isora, la ira de su abuela Chela, o la situación sexual de la que es víctima la narradora en una cueva en el monte.

La relación entre estas niñas es desigual. Isora es mandona, dice shit y bitch todo el tiempo, cruza límites y repite con su amiga el maltrato del que es víctima. La narradora, igual, la idolatra y admira porque se anima a contestarle —y hasta a contradecir— a los adultos. También la envidia, porque es un poco más grande, linda, morena, tiene ojos verdes y pelos en el pepe, como le dicen ellas a la concha. Tanto es así, que tiene miedo de ser la causante del mal de ojo que le diagnostica Doña Carmen, una clienta del almacén que les convida papas fritas con huevo para la merienda.

El clima es el tercer protagonista y está tan presente en la historia como en los cuerpos de las dos amigas. Ellas se masturban y refriegan sin parar con todo lo que encuentran, cantan de memoria las canciones del culebrón de las cinco de la tarde para expresar esa misma calentura y no dudan en “meterse la manguera en el culo para cagar a presión, más mejor más rápido, para estar más flaca que un cangallo”. Panza de burro se le dice al fenómeno meteorológico que provocan las nubes bajas, empujadas por el viento contra la ladera de una montaña, y da la sensación de que refresca. “A esa hora del día, una cubierta de nubes enorme se posaba sobre los tejados de las casas del barrio”, describe la narradora. Sin embargo, es otra la emoción que flota permanentemente en el aire, como “el mar y el cielo que parecían la misma cosa, la misma masa gris y espesa de siempre”.

Abreu hace referencias pop y usa modismos de época. Además se da el lujo de experimentar poética y gramaticalmente en un texto que rebosa de slang canario y de castellanizaciones a primera vista difíciles, como “guenboi” (por gameboy) o “mesinye” (por messenger). Pero la autora es diestra en el manejo de la oralidad y el juego con las palabras, así que nadie se queda afuera. Por eso, es acertada la apuesta de Sabina Urraca, la editora, de no poner un glosario: “Que se lea como se escucha una canción, una canción en un idioma extraño que el cerebro, a fuerza de escucharla, vaya desentrañando”, dice en el prólogo. Y así sucede. El relato fluye con frescura, como la que trae la panza de burro.

Panza de burro (Editorial Barrett, 2021), de Andrea Abreu.
Se consigue en físico.

PABLO LA PADULA

"MI TRABAJO BUSCA MOSTRAR QUE EL PENSAMIENTO CIENTÍFICO TIENE UNA POESÍA, UNA NARRATIVA"

Biólogo y artista visual, mira cada uno de esos universos aparentemente opuestos para encontrar el medio justo que lo sitúa en un lugar original, único. Su interés naturalista lo mueve a hacer una obra que narra, atravesada de lecturas y materiales, que invita al diálogo interno, a un replanteo de cómo se piensa el mundo.

POR: NATALIA GELÓS

Fotos: Vicky Cuomo

Son las piedras de los Alpes a orillas del mar, los herbarios, los caracoles, los paisajes lumínicos del fondo marítimo. Aquello que a él le habló desde la emoción. Todo eso forma parte de la última muestra de Pablo La Padula, *Antes del paisaje*, que se pudo ver presencialmente durante marzo y abril en la galería Miranda Bosch en Buenos Aires y también de forma virtual, trasmitida desde el Port Tonic Art Center de Francia. En los días previos a la inauguración, lo que se vive se parece a un gesto: el de llevar la mano a la oreja frente al vacío y esperar a que vuelva un eco. Él dice: "Una muestra es una idea lanzada a la sociedad. Es diálogo. Si no me vuelve nada, escribí mal".

Hablar con La Padula es entrar en un universo de bordes difusos, donde la obra puede sonar a libro, donde la ciencia es arte, donde el laboratorio es atril, y el gabinete, el país de las maravillas. "No creo que la época no entienda al artista. Pero si no hay diálogo es porque el artista no consiguió las herramientas para encontrar el lenguaje. Si me hablan de cualquier cosa, aunque sea 'esto es horrible', 'está mal', ya hay diálogo. Si lo que hago genera discusión, mejor aun. Lo único que no puede pasar es el silencio o la adulación, que es parte del otro sistema. Con el 'me encantó' no hay diálogo. El gran anhelo, me parece, es generar un diálogo", sigue.

La Padula sabe de dialogar. Es doctor en Ciencias Biológicas y, a la vez, se formó con artistas visuales como Carlos Gorriarena y Eduardo Stupía. Desde la década del noventa su trabajo transita esos puentes, entre la biología y el arte, y encuentra en ese cruce un borde fértil. En esa arquitectura desde la que se para, la biblioteca ocupa un lugar privilegiado. "Hace poco me pidieron para el MAMBA que hablara sobre lo sorprendente. Armé un videíto muy casero donde mostraba mi metodología de trabajo, que empieza en la biblioteca, en la literatura. No porque vaya a leer un libro y me inspire. No es esa la forma. Lo hago de manera más bestial, inconsciente, pero parto de una base que se va armando desde la biblioteca. Yo creo mi propio imaginario. Lo digo en función mía, pero a la vez pienso que el ser humano funciona así".

Sus obras han mostrado gabinetes, ilustraciones, objetos, las maravillas de un naturalismo que interpela a la idea de belleza (sea cual sea esa deriva). La Padula trabaja, en resumen, sobre el estudio de la vida. "Lo hago desde millones de ángulos. El lugar más común está anclado en que el estudio de la vida viene de la mano de los científicos. Esa forma es a partir de una operatoria mecánica, pero también se puede abordar desde las artes. Yo estudio la vida en clave profundamente subjetiva, porque la relación de lo humano con el mundo biológico es puramente subjetiva. Me relaciono desde mi historia personal, mi emoción, lo que me gusta y no me gusta. Como artista visual hablo de lo que me pasa con las cosas", dice.

Justamente, esas cosas que en él produjeron algo, un cimbronazo, una vibración, fueron las que trajo desde su viaje a los Alpes para intervenir, armar y desplegar en esta última muestra. Antes del paisaje, ¿qué pasa? Mirarse las vestiduras culturales para tratar de ver, a partir de ahí, los vestigios de una desnudez y contar más allá de las lecturas, las ideas, los conocimientos. "Fui ahacer un estudio de territorio al sur de Francia y la idea no era ir a buscar el paisaje marítimo, que tal vez los grandes pintores franceses inmortalizaron en sus cuadros. Quería llegar antes del lenguaje pictórico, antes de la estetización. Porque cuando lo estetizás le estás clavando una matriz arriba y no ves a través de tus ojos, sino a través de los saberes, que es algo buenísimo, pero es lo que yo busco desandar. Es un antes del paisaje científico también. Para no ver en clave darwiniana. Llegar a un grado cero de conceptualización y dejar que aparezca la experiencia emocional", dice.

—Pensando en libros como *Del caminar sobre el hielo*, de Herzog, o el más reciente *Tundra*, de Abi Andrews, donde se narra una salida a lo natural, ¿cómo te quitás las bibliotecas de la mochila para ese encuentro con el paisaje?
—Obviamente es imposible hacer esa inmersión de modo ingenuo y prístino. Llego con un bagaje de conocimientos; de hecho, ese bagaje es el que me hace llegar. Llego a estos proyectos a través de la fascinación de los viajes de exploración; colonialistas, políticos, científicos, buenos o malos, pero por los que tengo una fascinación absoluta. Forman mi imaginario. Llego a través del escritor viajero, del científico explorador, del imaginario de Herzog. Llego a través de la literatura, y la literatura es mi marco cultural. Consciente de eso, mi autopropuesta de trabajo es tratar de deconstruirlo. Tal vez la forma de desandar y bajar esos marcos teóricos, aunque sea un segundo, es siendo consciente de ellos.

—Decías que con cada muestra tenés una biblioteca. ¿Cuáles son?
—Son azarosas. Uso muy poquita ficción. Generalmente, son ensayos de arte, de ciencia. Un libro que siempre me acompaña es el de los cuentos de Edgar Allan Poe, un poco antiguo para la contemporaneidad.

—¿De qué manera dialogan con tu obra los cuentos de Poe?
—Yo encuentro mucho eco en los científicos y artistas románticos del siglo XIX, como Poe, Mary Shelley con *Frankenstein*, esa constelación. Las vanguardias pictóricas de esa época, incluso, lejos de desestimar el pensamiento científico en boga, al que, con las deformidades que va a acarrear, le daban una vuelta de tuerca. Fanáticos, al pensamiento mecánico le hacían un planteo de la parte metafísica, espiritual, sobrenatural que ese pensamiento debería tener. Por ejemplo, *El escarabajo de oro*, de Poe, es sobre un naturalista que estudia un escarabajo y se va para cualquier lado al servicio de una pulsión subjetiva. Ahí voy bastante.

—Imposible no pensar en *Moby Dick*…
—A *Moby Dick* no lo tengo en la mesa de luz, pero sí al lado. Es un libro de biología del renacimiento, a la par de un gran libro de literatura. La ballena importa no solo como especie marina, con una estructura ósea, sino por la historia que narra, el cebo para las velas, el impacto en la población. Esa es la gran biología para mí. Mi trabajo intenta humildemente acercarse a eso desde la problemática que me genera. El gran desafío es que lo que yo diga desde mi lugar personal tenga una intelección con vos que no me conocés, que conecte con lo universal.

—¿Creció el interés por este cruce entre biología y arte?
—En el arte, hoy, sí. Con la pandemia, lo biológico se transformó en agenda número uno y el flujo de diálogo se incrementó. En la ciencia, para nada. El pensamiento hegemónico científico está muy en una dirección: cómo hacer una vacuna para el coronavirus. En el campo artístico, lo importante es la apertura. El rol de los artistas hoy es hacer el boceto de un nuevo mapa. A fines de los noventa, cuando hablaba de la biología en el arte me metía en un laboratorio, algo muy distinto a lo del naturalista, lejos de caminar como Darwin en las Galápagos. Yo hablaba de lo que me pasaba a mí al diseccionar la vida. En la sociedad hay dos lecturas: el científico que viaja como en la nave de 2001, todo progreso; y el eco de la bomba atómica del científico loco que te puede hacer volar una ciudad, la amenaza. Siempre trabajé entre esas dos visiones. Quiero mostrar al trabajo científico más como el dilema que transita *Fausto*, de Goethe, que como un documental de la NatGeo. Mi trabajo busca mostrar que el pensamiento científico tiene una poesía, una narrativa.

—¿Dónde buscamos la idea de belleza en la ciencia?
—No hay que confundirla con la idea de belleza en las artes visuales. La foto científica más bella tal vez es de un grano de polen en un microscopio. Humboldt fue a buscar una belleza, era un romántico, instruido por Goethe. Fue a buscar lo sublime en clave poética, como la gran literatura del siglo XIX. Es distinto a Darwin, que buscaba el mecanismo y encontró belleza cuando descubrió un mecanismo simple, fácil de entender y de llevar a un modelo matemático. La gran belleza de la naturaleza es simple y perfecta. Cuando Humboldt va al Ecuador, él ve belleza en el caos barroco de la naturaleza. Cree que en ese paisaje sublime hay una verdad ontológica de la naturaleza. No es una verdad estetizante.

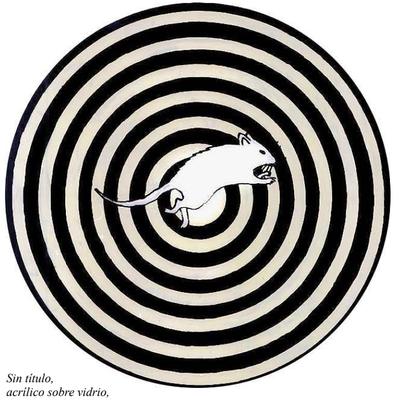
—¿Y vos dónde la buscás entre esos dos extremos?
—Yo reboto entre esos dos extremos. Cuando escribo un paper, busco la belleza de la idea, y la ciencia es espartana, cree que la biología es económica. Lo bello es energéticamente económico. En el arte, la belleza es buscar lo sublime en lo natural. Lo busco como puedo, en pequeños objetos. La idea de lo sagrado en el mejor sentido, en el sentido humano; algo que te abre un portal a otra realidad, a lo trascendente.

—¿Cuál es el libro con el que más dialogaste en el último tiempo? Hoy decías que una lectura activa es con lápiz en mano…
—Acabo de destrozar *Lo sagrado y lo profano*, de Mircea Eliade. Cuando estoy laburando las lecturas, me aparecen en resonancia con lo que estoy haciendo. Venía de leer *Las palabras y las cosas*, de Foucault, un texto profundamente materialista. Cuando encontré en la biblioteca el libro de Mircea Eliade sobre las religiones, me hizo más eco porque encontré algo más emotivo, menos racional que la escritura de Foucault, que me encanta, pero es un bisturí literario.

—Los dos extremos de nuevo…
Yo tengo lecturas científicas, pero mi trabajo tiene un giro hacia lo espiritual, lo misterioso.

El *I Ching* tiene una cosa profundamente misteriosa, y una poética simple, opuesta a los filósofos que leo. El *I Ching* y el *Tao Te King* me ponen en plano perceptivo. Son literaturas que hablan a través de imágenes. Yo buscaba cierto eco sobrenatural en los objetos y esos libros me calzaron muy bien.

—¿Vas a seguir explorando por ese lado?
—Absolutamente. Así como en los noventa creía que había que mostrarle a la sociedad que la ciencia es un caño y que vale la pena hacerla, hoy creo que hay que comunicar que la ciencia es una forma más de ver el mundo y que el arte es otra forma del mundo, tan valiosa como la científica. Hoy, al no haber ninguna narrativa que dé cuenta del problema del mundo, ambos campos deben dialogar entre sí sin subestimar ni sobrestimar los saberes de uno y de otro, porque no tenemos un norte. Nadie pone las manos en el fuego por ninguna narrativa. No puedo pintar un cuadro porque pinto, ni abrir una célula porque la abro. El anclaje fundamental es agarrarse de la emoción de lo que se hace.



Sin título, acrílico sobre vidrio, Pablo La Padula, 2004

Obras de Pablo La Padula. En orden:

Detalle de Gabinete biológico, instalación, 2021

Sin título, acrílico sobre vidrio, 2004

Sin título, acrílico sobre vidrio, 2003

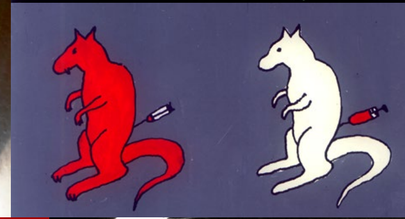
Sin título, acrílico sobre vidrio, 2003

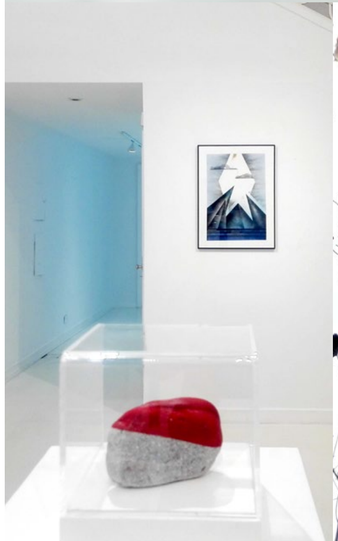
Detalle de muestra Antes del Paisaje, 2021

Detalle de Gabinete biológico

Sin título, humo y acrílico sobre tela, 2000

Sin título, rayograma, fotografía, copia única, 2007





No solo comenzó el año lectivo, ya estamos casi por la mitad de 2021 (emoji de *El grito*), pero eso implica también que seguimos acá. Es más, pronto cumplimos un año de vida (celebraremos) y en un abrir y cerrar de ojos ya es diciembre otra vez (auxilio). El tiempo no para, queda más claro que nunca. Por eso lo aprovechamos al máximo. Una de las formas de exprimirle felicidad a los días es armar esto para ustedes, que nos leen y nos elogian. ¡Igualmente!, exclamamos sin rubor. Les amamos, gracias por estar ahí, qué linda vecindad se generó (y sigue creciendo) alrededor de esta mafia positiva.

Este ejemplar se terminó de ensamblar a mediados de abril de 2021, remotamente por aislamientos preventivos varios, entre la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el Delta del Tigre, California en Estados Unidos y la Patagonia argentina. Salió al mundo en mayo de 2021. Obvio que queda permitido bajarlo, sugerimos lo coleccionen y esperamos lo atesoren.

Hasta el próximo número, que será en agosto.
Cariños.